

LISA OWENS

¿Y
ahora
qué?

Traducción:
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

Para mis padres

1

Mala hierba

Hay un hombre plantado en la puerta de mi piso, vestido con tonos caqui y con una enorme chapa de Palestina Libre.

—¿Es usted la titular de la propiedad? —pregunta, y me doy la vuelta para ver si le está hablando a otra persona, pero no hay nadie detrás de mí. Me cuesta un segundo recordar qué lado del conflicto israelí-palestino apoyo.

—Eso creo, sí —respondo, para luego añadir con más convicción, porque ahora estoy segura—: Sí, claro que soy la titular.

El hombre se rasca el cuello, que está gris de la mugre. Sus orejas tienen el mismo tono ceniciento.

—Va a tener que arrancar la buddleia. Es un peligro.

—Oh, claro —digo, alzando la vista hacia donde me señala, una columna de yeso en la fachada del edificio, rematada por un detalle ornamental.

Nunca me había fijado, pero ahora me avergüenzo al ver que la pintura está agrietada y sucia. Si tuviera que decir cómo se llama esa cosa, hubiera apostado un millón de libras a que el nombre es balaustrada.

—Pero ¿no cumple una función estructural? —digo.

El hombre me contempla fijamente, mesándose la barba y reduciéndola a una fina trenza.

—Es una mala hierba. No debería estar ahí —dice, y por fin lo entiendo. Una planta asoma por encima de esa cosa, cayendo en una cascada de flores púrpura. Es bastante bonita.

—Y..., perdone, ¿usted quién es? —pregunto, dudando si será alguien del Ayuntamiento, un vecino o un viandante entrometido.

—Soy Colin Mason, miembro de la Orden del Imperio Británico —dice, y me ofrece una mano polvorienta.

Dudo por una fracción de segundo hasta que los buenos modales hacen su aparición y la acepto.

—Claire —me presento.

—Entonces, ¿me encargo de ella? —pregunta el hombre, indicando con la cabeza hacia la buddleia—. Y ya de paso, si subo ahí arriba, puedo aprovechar y dar una mano de pintura.

—Bueno, es que... Tengo que hablarlo primero con mi novio. Porque compartimos el título de propiedad. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—Me pasaré por aquí —dice—. Ya me verá.

Entro para lavarme la mano y llamo a Luke. Me contesta una mujer, su compañera Fiona.

—Se está desinfectando para entrar a quirófano —me explica—. ¿Le digo que te llame luego?

—¿Te importaría sujetarle el teléfono para que le comente algo rápido? Serán dos segundos, te lo prometo.

Se oye ruido de movimientos y luego la voz de Luke:

—¿Qué pasa?

—Tenemos un problema con la casa. Hay que arrancar una buddleia.

—¿Una qué?

Suspiro.

—Es una hierba. Una planta de flores púrpura. El tipo de la calle ha dicho que hay que quitarla.

—¿Qué tipo?

—Colin Mason.

—¿Quién es ese?

—Uno que tiene una Orden del Imperio. Ha sido muy insistente.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Necesitas que llame a alguien? ¿O puedes encargarte tú de ello? Claire —dice—, tengo que dejarte.

—Sí, ya me encargo yo. ¿Qué quieres que hagamos para cenar?

—No cenará en casa —dice Fiona—. Hoy saldrá tarde del trabajo.

—Vaya —digo.

Creo que de momento voy a dejar estar el tema de la buddleia; a ver qué pasa.

Metro

Las tres mujeres que tengo enfrente hablan del tiempo como si fuera un amigo que no les cae muy bien.

—Y esa es otra —dice una, echándose hacia delante—. Mi regla de nada-de-medias-hasta-octubre se ha ido al garete.

Sus compañeras asienten, descruzando y recruzando sus piernas cubiertas de nailon.

La otra

Mi madre me llama en su descanso del almuerzo. Puedo oír que está en una cafetería.

—¿Dónde estás? —me pregunta, como si de fondo hubiera un jaleo estruendoso, en lugar del silencio de mi cocina.

—En casa.

—Ya veo. ¿Cómo llevas lo que tú ya sabes?

Se refiere a mi búsqueda de empleo: llamarlo «lo que tú ya sabes» resulta, por increíble que parezca, menos molesto que la pregunta en sí.

—Bueno. Bien. Intentando ponerme las pilas.

—Escucha, antes de que te vayas, ¿qué piensas de esto? Anoche tuve un sueño horrible. Salía Diane, la..., Diane, la de mi trabajo. Era Diane, sin duda, pero en el sueño me parecía que era otra persona, alguien desconocido.

Hasta ahora solo había oído a mi madre describirla como «Diane, la mujer negra de recepción». Tengo la sensación de que hay algo más.

—Pues fíjate qué curioso. —Lo dice como si se le acabara de ocurrir—. Resulta que ayer en el centro vi a una mujer que me pareció Diane, y cuando fui a saludarla me di cuenta de que no era ella. —Se ríe—. Claire, ¿tú qué crees? ¿Piensas que la ofendí?

—¿A quién? —pregunto, porque no puedo resistirme—. ¿A Diane, o a la persona a la que confundiste con Diane?

—A la otra mujer. A Diane no. ¿Crees que la mujer se daría cuenta de que la había confundido con otra, con otra...?

—¿Otra mujer de color? —le echo un cable.

—¡Oh! —dice mi madre—. Creo que eso no es muy políticamente correcto. Me parece que ya no se puede decir «de color» en estos tiempos.

Metro

Unos asientos hacia el fondo del vagón hay un señor mayor haciendo punto, calvo y envuelto en un gran chaqueta de lana blanca. Le sonrío y alzo las cejas y, cuando lo hago, veo los pendientes de color púrpura colgando, y me doy cuenta de que no es un señor mayor, sino una mujer, no tan mayor, de la edad de mi madre tal vez, que ha perdido todo el pelo. Me devuelve la sonrisa, trajinando con las agujas, y yo dejo las

cejas levantadas, forzando la sonrisa y bajando la vista hacia mis manos, que permanecen inmóviles sobre mis rodillas.

Despertar

Después de llevarse los segundos, los camareros —que en realidad son solo adolescentes— traen el postre: unos tazones con helado medio derretido y fruta nadando en sirope. Estoy sentada a la mesa de los pequeños con los otros niños (todos pasamos de los veinticinco). Mi primo Stuart, que lleva una camiseta de No Fear debajo de la chaqueta del traje, me pregunta a qué me dedico últimamente.

—Estoy intentando descubrirlo —respondo. He tomado mucho vino: no paran de traer y no paro de beber—. Dejé el trabajo hace un par de semanas para dedicar un tiempo a intentar descubrir para qué estoy aquí. No en un sentido religioso, pero sí creo que todos tenemos un fin en esta vida. Por ejemplo, tú estás hecho para dedicarte a los ordenadores. Tiene sentido, completamente. —Me callo, preocupada de pronto porque mi primo sea un ingeniero normal y no un informático, pero Stuart asiente.

—Entonces, el marketing no era lo tuyo.

—La comunicación creativa —le corrijo.

—No te voy a engañar: nunca he sabido muy bien qué significa eso.

—Es... —Me preparo para soltar una explicación, pero me doy cuenta de que es probable que ya no necesite darla nunca más—. Bueno, ya no importa.

—No hay cucharas —dice Stuart, y llamo con un gesto a uno de los adolescentes.

—¿Podrías traernos cucharas, por favor?

Me siento indignada por el solo hecho de haber tenido que pedir las, y mi tono es bastante frío. El niño-camarero sonríe con gesto borde. Cuando vuelve trae un ramillete de

cuchillos, que suelta formando una cascada de plata delante de mí.

—No quedan cucharas —dice—. Ni tenedores. Hoy estamos a tope.

Meneo la cabeza.

—Increíble —murmuro a Stuart mientras repartimos los cuchillos. Corto una rebanada de la isla de helado menguante y me la llevo con cuidado a la boca. Miro hacia la mesa en la que está sentada mi pobre abuela. Acabamos de enterrar al que ha sido su marido durante sesenta años, y ahí está ella, chupando medio melocotón ensartado en un palillo como si fuera un Chupa Chups.

Durante el café, el padre de Stuart, mi tío Richard, dice unas palabras sobre Gum. Bromea con cariño sobre el orgullo que sentía el abuelo por sus «heridas de guerra», las cicatrices de sus muchas operaciones.

—Es verdad que le encantaba presumir de sus heridas de guerra —comento en nuestra mesa. Mis primos asienten y sonríen, con murmullos de aquiescencia—, ¡y de otras cosas! —añado, señalando entre risas mi entrepierna—. Incluso después de la operación del corazón.

—¡Hala! —dice mi prima Faye—. ¿Cómo? ¿Que Gum te enseñaba su...?

—Oh, no, no. «Enseñar» hace que suene... No era que... No creo que lo hiciera a propósito ni nada de eso —digo. Todo el mundo me está mirando. Nadie habla—. La verdad, no era para tanto. Que no. Siempre me pareció que era... ¿No os lo hizo a ninguno más? ¿Sacársela de repente?

Faye meneo la cabeza. Sus orejas, que asoman entre su fino cabello rubio, se han puesto coloradas. Echo un vistazo a las caras de los demás primos; la mayoría miran fijamente sus cafés. Echo un sobre de azúcar al mío y lo revuelvo con el cuchillo que me guardé del postre.

Sueño

De noche, conduciendo por la autopista, no se me encienden las luces, pero todos los coches que me cruzo llevan las largas, deslumbrándome entre inquietantes tramos de oscuridad.

El contexto lo es todo

«La buddleia (o buddleja) —según una página web— puede ser o bien un hermoso arbusto floral de jardín atractivo para las mariposas, o bien una malvada hierba invasora y destructiva.»

Autobús

Cojo el autobús para ir al gimnasio que, la verdad sea dicha, ya no me puedo permitir. Elijo un asiento de ventana e intento avanzar con mi libro (llevo casi nueve meses leyendo el *Ulises*). Después de leer el mismo párrafo cinco o seis veces, levanto la vista, buscando desesperada un alivio de tanta palabra. Un tipo mayor con una chaqueta azul cielo y pelo largo y escaso se acerca lentamente por el pasillo. Busca un asiento, pero están todos ocupados y nadie se levanta, así que de forma estoica tuerce el gesto y se agarra al pasamanos que tiene más cerca. Pienso en ofrecerle mi sitio, pero tendría que pedir a la mujer que está a mi lado que se levantara. Parece importante, y va elegantemente vestida, como si fuera a una reunión. Está repasando unas notas y no quiero molestarla o hacerla sentir mal por no haber ofrecido ella su asiento. Vuelvo al *Ulises* y, apremiada por el esfuerzo de fingir no haber visto al anciano, por fin llego a la siguiente página. Cuando la mujer de mi lado se baja del autobús, el hombre mayor permanece de pie donde estaba. Lo observo balancearse y tambalearse con el movimiento del autobús, como si bailara con sus zapatos ortopédicos.

Gimnasio

En el gimnasio, intento librarme de mi suscripción.

—Tiene que esperar hasta el decimotercer día del mes para entregar la notificación y luego se cancelará su contrato dos meses después —me dice la mujer en cuya placa pone «Frankie». Estamos en Halloween y va vestida de bruja, con sombrero, capa y las uñas pintadas de negro. Por debajo de la capa, lleva un mono deportivo negro brillante.

—Pero hasta el día trece queda todo un mes —digo—. ¿No podemos hacer como si todavía fuera ayer?

—¡Ojalá! —contesta, sacudiendo compasiva una lata de caramelos *vintage* ante mí. Cojo un paquete de pastillas Parma Violets y las masco de dos en dos.

La mujer mira su registro.

—Veo que todavía no se ha hecho la revisión física completa. ¿La hacemos ahora, aprovechando que está aquí?

La he estado retrasando, a la espera de coger forma, porque quería sacar mejor resultado que Luke, pero ya llevo dos años y, como me voy a ir, no pasaría nada por hacérmela. La mujer sale del mostrador de recepción y me conduce a una mesa, llevando su escoba de plástico.

Respondiendo al cuestionario, le digo a Frankie que no bebo nada de alcohol ni de café, y que duermo nueve horas todas las noches. Tengo bien la tensión, igual que mis pulsaciones en reposo, pero cuando analiza mi condición aeróbica en la cinta pongo tanto empeño en impresionarla que casi me caigo y se me nubla la vista mientras recupero el aliento.

—¿Con qué frecuencia decía que venía? —me pregunta Frankie, mirando su portapapeles—. ¿Ha pensado en contratar un entrenador personal?

Cuando me marchó, he contratado tres sesiones privadas con un entrenador personal llamado Gavin, a un precio reducido especial de iniciación de 99,99 libras.

Objetivo cumplido

No tengo claro si mi madre ha estado almacenando material para nuestras conversaciones o si es parte del proceso de duelo por su padre, pero estos días, cuando me llama, parece que tiene un horrible montón de noticias tremendas que contar.

«Pippa, la de la iglesia, del coro, la conoces. Su marido, un ateo, creo que no lo conoces. Pues se resbaló y se cayó en la ducha. No se sabe si podrá volver a andar. He mandado a papá a los almacenes John Lewis para que compre una de esas alfombrillas. Hay que ser precavidos.»

Y: «Gordon, el vecino que vive dos puertas más abajo. Bueno, pues su yerno, el policía, te he hablado de él, ¿te acuerdas?... ¡Depresión! Había tenido varios intentos a lo largo de los años, pero pensaban que ya lo había superado». Suspira. «Pues parece que esta vez lo ha conseguido».

Mi siguiente paso

Voy a una cafetería para salir un poco de casa, y me llevo el portátil para seguir con mi búsqueda de trabajo. Hay una mesa de unas ocho mujeres, todas con bebés, y un par de ellas dando el pecho. Hablan de lo apañados que son sus maridos, y aunque sus «el mío, más» me hacen sospechar un poco, no se puede negar que todas presentan un buen aspecto. Su piel es fantástica, y los bebés son todos tan dulces: pequeñitos, tranquilos y felices.

Navego por páginas de arte en busca de trabajo, pero no sé lo que quiero encontrar y todas mis búsquedas me conducen a empleos de comercial o a puestos de ejecutivo muy por encima de mi horquilla de ingresos. Entra una mujer que parece de mi edad, con una niña en brazos apoyada en la cadera. Las dos llevan vaqueros y blusas de rayas bretonas a juego, y cuando pide un café, resulta que tiene acento francés. Se

sienta en una mesa a mi lado y la niña sale disparada: se mete detrás de la barra, debajo de la mesa, trepa por unas escaleras en las que pone «Prohibido el paso». ¡Qué adorable! Los camareros ni se inmutan.

Pincho sobre la descripción de un empleo de patrimonio, que consiste en escribir las placas azules que se colocan en las casas donde vivieron personajes notables. No me importaría hacer eso, creo, resumir a alguien en un par de palabras. Me pongo a pensar en las placas azules de la gente que conozco: Luke = «médico eminente»; Paul = «artista pionero»; Sarah = «innovadora educacional». Me cuesta un poco más con los que trabajan en relaciones públicas y en asesorías para gestión de empresas, y pienso que probablemente se deba a que no se merecen una placa azul.

La niña está junto a mi mesa, con los brazos estirados y meneando ambas manos en un juego de muñecas, sonriente. Imito su gesto y la pequeña se ríe, echa a correr y esconde la cara en el regazo de su madre, diciendo: «*Maman, maman!*», y la madre, que, la verdad, podría ser más joven que yo, se agacha para susurrar una parrafada en francés junto a la reluciente melenita de su hija.

—Quizá lo que debería hacer es tener un hijo.

Estoy cargando el lavavajillas después de la cena, y Luke se ríe.

—¿Con quién?

—Vale, quería decir que *deberíamos*. Pero seré yo la que lo tenga, ¿no? Podría ser una madre ama de casa.

—Pensaba que estabas buscando un sentido a tu vida —dice Luke—. Creía que en eso consistía todo esto.

Se abre ampliamente de brazos al pronunciar «esto», como si de algún modo la cocina formara parte de mi plan, como si «esto» fuera donde me paso ahora todo el tiempo.

—¿Y si el sentido de mi vida fuera ser madre?

Luke asiente, los ojos como platos y frunciendo el labio superior, pensativo pero en el fondo poco convencido. Me indica con un gesto que me acerque y me siento en sus rodillas, pasando los brazos alrededor de su cuello y descansando la barbilla en su hombro.

—Creo que voy a apuntarme a clases de francés —digo—. Para reforzar lo que aprendí en la escuela. Es una pena echar a perder todo ese conocimiento.

—*Mais oui* —dice Luke, moviendo el hombro para acercar mi cara a la suya. Me da un beso francés, con lengua, lo cual significa que acabaremos haciendo el amor.

Sorteo

Las seis de la tarde de un jueves, y aunque no he optado a ningún trabajo, sí que he participado en el sorteo de un Mini Cooper, dos noches en París y siete en Miami, 500 libras en cupones de una marca de ropa escandinava, una tele enorme (que tengo pensado vender), una máquina de expreso (que me quedará sin duda), entradas para tres exposiciones, una caja de Prosecco, un exprimidor, un bolso de diseño, un abrigo de diseño, una comida para dos en un restaurante para ejecutivos en la City que incluye cóctel de bienvenida pero no vino, el carné de miembro de una franquicia de cines independientes y un pack VIP para dos en un spa solo para mujeres, así que nadie puede decirme que ha sido un día desaprovechado del todo.

Trabajo

Paul, mi amigo de la universidad, ha regresado después de pasar una temporada fuera, en lugares como Berlín, Tokio, Viena y Johannesburgo. Es un artista conceptual de fama creciente: he empezado a ver su obra mencionada en blogs

(aunque siempre los encuentro a través de los enlaces que él pone en el suyo). Quedamos en un garito que frecuentábamos hace tiempo, nada más graduarnos, cuando yo salía de casa de mis padres en los suburbios y me pateaba Londres haciendo entrevistas para trabajos cuyos criterios de selección quedaban un poco alejados de mi dispersa experiencia laboral —camarera, canguro—. Después vaciábamos botellas de vino mientras nos lamentábamos por nuestra juventud perdida —teníamos veintiún años— y nos quejábamos de lo injusta que era la vida: ¿qué más podíamos hacer nosotros? ¿Por qué nadie nos daba un respiro? Pero mientras yo bombardeaba con mi currículum a todas las organizaciones de arte, publicidad y medios de comunicación que se me ocurrían (sin importar que tuvieran ofertas de empleo), Paul me ocultaba que le estaban ofreciendo becas de prestigiosas escuelas de arte de todo el mundo. Cuando me enteré, dos semanas antes de que se marchara a Nueva York, me sentí profundamente ofendida, con todo el derecho. ¿Cómo se atrevía él a albergar esos sueños? ¿Quién le había dado permiso para apuntar tan alto? ¿Quién se creía que era?

Se presenta con unas grandes botas, los cordones sueltos, una espesa barba y el pelo, que se ha dejado crecer, recogido en un pequeño moño en la coronilla.

—Felicidades por escapar de la agobiante rutina del trabajo, pequeña —dice. También me da unas palmaditas en la cabeza, un gesto paternalista habitual en él. Es curioso, pero todavía lo sigue haciendo cada vez que nos vemos—. ¡Después de tantos años de amenazas vanas! ¿Qué es lo que te ha hecho decidirte en esta ocasión?

Le cuento lo del día en que se adueñó de mí un poderoso deseo de empezar a tragarme las cosas de mi mesa: chinchetitas, pegotes de masilla, cualquier cosa que me entrara en la boca.

—Llegué a meterme un clip en la lengua antes de comprender que había otra salida. Así que lo escupí y fui al despacho de mi jefa a presentar la renuncia.

—¿Cómo se lo tomó?

—Estaba de vacaciones, así que tuve que esperar otras dos semanas. Pero en cuanto tomé la decisión, fue como si... llevara años aguantándome la respiración sin saberlo y por fin pudiera soltar el aire. Y no hizo falta que me tragara ni siquiera una grapa.

—Suicidio por burocracia. Me gusta —dice, asintiendo lentamente en conformidad.

—Eh, te cedo los derechos. Puedes usarlo como título para tu próxima exposición.

—Bueno, no es exactamente mi tipo de trabajo. Pero gracias —añade, y sus ojos se contraen en una sonrisa.

Mariquitas

Hay mariquitas por todas partes; las piso todo el rato y luego tengo que limpiar sus cadáveres aplastados. Entran por los paneles de las ventanas y me asustan cuando vuelan demasiado cerca, zumbando delante de mi cara como drones diminutos. Luke dice que no ha visto ninguna, y me pregunto si serán una aparición, o si solo se debe a que paso demasiado tiempo en casa.

El año que la empresa de mi padre se trasladó, tuvimos que mudarnos, y las aceras de nuestro nuevo barrio estaban infestadas de mariquitas. Yo tenía diez años, y el único amigo que hice aquel verano fue un muchacho que se llamaba Jeffrey y que vivía en la casa de al lado. Uno de sus proyectos a largo plazo consistía en guardar cientos de mariquitas en un tarro grande de encurtidos Branston Pickle durante varias semanas. Cuando lo tuvo lleno, arrojó una cerilla encendida dentro. No recuerdo qué pasó después: es posible que me alejara al oírlas estallar, pero es igual de probable que Jeffrey

volviera a poner la tapa y se apagara la llama. Grandes ideas, pobre ejecución, así era Jeffrey.

Busco «mariquita paneles ventana» en Internet y me reconforta el número de resultados que me muestra el buscador. «Están invernando en los marcos de tus ventanas», afirma Quizking2, que tiene una calificación de tres estrellas sobre cinco otorgada por los usuarios del foro. Busco «invernar». «La hibernación y la migración son los mejores modos de invernar», recomienda Wikipedia. Los dos me parecen bastante apetecibles.

Wasabi

Acepto ir a una fiesta que organiza un amigo de Luke de cuando iban juntos al colegio. Este grupo son todos chicos de la City excepto Luke: llevan pantalones chinos o vaqueros oscuros y camisas bien planchadas, y sus novias son distintas variedades de un patrón delgado y bronceado. Noto sus miradas en mi pelo, que tiene menos brillo de lo que me gustaría, y mi vestido, que en el espejo del baño parece un poco barato. Vacíé mi primera copa de Prosecco a los cinco minutos de llegar y —inclinando la copa para llamar la atención del camarero— acepto un relleno hasta el borde cada vez que la botella pasa cerca.

—Es una pena que no podáis venir a Marbella, chicos —dice una de las novias, que podría llamarse Lou perfectamente—. Luke trabaja mucho. Necesita unas vacaciones.

Es la primera vez que oigo hablar de «Marbella» como plan, y no se me puede ocurrir nada peor. Me sorprende y me alegra que Luke nos haya descartado sin hacerme quedar a mí como la mala por una vez.

—Pues sí, una pena —digo—. La próxima vez será, seguro.

—Seguro —dice quizá-Lou, mirando a su alrededor—. Voy a... —añade, y se escabulle sin preocuparse por terminar de formular su excusa.

Me siento en uno de los enormes sofás de cuero junto a una bandeja de guisantes wasabi y me llevo un par a la boca. Nish, el amigo de Luke, se une a mí. Lleva el cuello de la camisa levantado y unas gafas de sol sobre la cabeza aunque estamos dentro de una casa y es de noche. A pesar de todo, es un chico simpático y se le da bien animar las cosas cuando la conversación empieza a decaer. Sin duda, es el mejor de los amigos de Luke.

—Ten cuidado. Enganchan como el crack —dice, señalando la bandeja.

Lo miro y cojo otro puñado que voy soltando en mi boca. Me lloran los ojos al mascarlos.

—¿Qué te cuentas? —le pregunto con la pasta ardiente en la boca—. ¿Algún escándalo?

Me pone al día de lo que sabe. Todos se van a casar: me señala a cuatro parejas recién prometidas y se queja de lo difícil que le resulta expresar la emoción requerida con cada nuevo anuncio. Nish está soltero y comparte mi hastío por lo que llamamos «el interminable desfile de la brigada de prometidos».

—Tengo la teoría de que es como cuando se te mueren los abuelos —digo—. Cuando le pasa a otro, sientes pena de un modo vago, universal, por así decirlo. Pero, en el fondo, te da igual. Cuando te pasa a ti, por contra, es algo importantísimo.

—¡Sí! —dice Nish—. ¡Exacto!

—Por cierto, se acaba de morir mi abuelo —añado—. Me alegra saber que te importa una mierda.

Nish se ríe y me da un golpe amistoso con el hombro.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas ahora? —pregunta.

Le cuento lo del trabajo de las placas azules, que estoy pensando en presentarme.

—Igual un día me ponen una placa a mí —digo—. Claire Flannery, forjadora de placas azules, vivió en esta casa.

—¡Eso sería una buena paradoja! —dice Nish—. No te ha llevado mucho, entonces, encontrar tu *raison d'être*. Solo hace unas semanas que dejaste el trabajo, ¿no?

—Solo estoy explorando mis opciones. Puede que no lo acepte.

—Si te lo dan —dice.

Mi copa, cubierta de huellas grasientas y saladas, está vacía. Se la muestro a Nish.

—Tenemos un problemilla que resolver.

Mientras él se va, yo sigo dándole a los guisantes wasabi. No puedo parar de llevarme puñados a la boca. Nish regresa tras haberse agenciado una botella entera de Prosecco de la cocina. Toso, en un intento de enmascarar el ruido que hace al descorcharla, pero mi actuación termina provocando que un par de cabezas se giren. Los dos nos reímos y brindamos chocando las copas, con total descaro.

—Creo que me salto esta ronda —dice Nish—. De bodas, me refiero. Esperaré a la segunda ola, cuando todas seáis unas preciosas divorciadas, y así podré elegir entre menos competidores.

Pronuncia el «preciosas divorciadas» con un tono entre morbosos y bromista. Sospecho que, quizá, envalentonado por el espumoso, a Nish le he hecho tilín. Soy hiperconsciente del muslo a través de su vaquero rozando el mío, de sus ojos en mi cara, de su cálida respiración.

—¡Tú puedes aspirar a algo más que a una divorciada acabada! —digo, sintiéndome atractiva, irresistible. No me sentía así desde hacía muchísimo tiempo.

—Siempre me has gustado, Claire —dice, sonriendo. Sus ojos brillan, y su cabeza me busca, como un cachorrito.

Luke nos encuentra un rato después, yo con la cabeza sobre el hombro de Nish, que me envuelve con su brazo, la botella vacía a nuestros pies. Noto que Nish se incorpora, tenso.

—El taxi nos espera. Voy a cogerlo. ¿Vienes, o estás cómoda? —bromea Luke. O eso creo.

Abrazo a Nish por la cintura de su camisa rosa.

—Nish es el mejor —digo, sonriendo a Luke, que aguarda con las manos en los bolsillos. Me levanto y me termino los guisantes wasabi, los pequeñitos, escuálidos y grises que he rechazado hasta ahora. Me habré tomado cientos, quizá.

—No me has preguntado si me apetecía irme —digo, siguiéndolo hacia la salida—. Te has adelantado y has pedido un taxi. Siempre haces lo mismo.

—Tú nunca quieres irte.

—Para empezar, ni siquiera quería venir. Deberías estar contento de que me apetezca quedarme —digo, tropezándome en una baldosa suelta de la acera.

—¿Quedarte para tontear con Nish? ¡Claro! ¿Cómo no voy a estar contento con eso?

Ya en casa, cuando me quito el sujetador, tres guisantes wasabi caen sobre la tarima del suelo. Doy un beso a Luke, pero él me da la espalda y apaga la luz fingiendo no darse cuenta de mis intenciones.

Resaca

Al día siguiente, me siento fatal: deshidratada y como si me ardieran las entrañas. Por mucha agua que beba, no ayuda. Jugamos un penoso partido en la pista pública de tenis cerca de nuestro piso; las bolas vuelan hacia mí como guisantes wasabi gigantes en una pesadilla. Luke gana fácilmente, 6-0, a pesar de esforzarse menos aún que yo.

—No vuelvo a comer esas cosas —digo—. Y tampoco vuelvo a beber. No merece la pena estar así por esa fiesta.

Cenamos pasta con una montaña de parmesano. Luke se sirve una copa de vino.

—¿Seguro que no puedo tentarte? —pregunta.

—Venga, dale —digo, e incluso me relleno la copa.

Lista y dispuesta

Resulta difícil de creer, pero hubo un tiempo en que me planchaba la ropa las tardes de domingo, y la colgaba, almidonada y lista, para la semana de trabajo que se avecinaba.

Mañana de lunes

Cuatro correos nuevos, ninguno personal.

Cafetería

Frente a mí hay un jovencito leyendo un libro de matemáticas con un sello de la biblioteca universitaria: páginas y páginas de ecuaciones, parece. Yo podría estar con alguien así si las cosas fueran distintas, si estuviera soltera. Admiraría sus dedos finos y sus cejas espesas y oscuras. Empollón (gafas), modernito (pulsera de festival), amante del aire libre (bronceado). Con cabeza para los números, puedo suponer, o al menos con potencial, y bien sabe Dios lo mal que se me dan a mí. Sin embargo, el pelo —una enorme masa mullida, más largo y espeso que el mío— tendría que cambiar. Intento imaginármelo con pelo corto y sin gafas, y me doy cuenta de que es exactamente igual que Luke.

Economía

¿Qué pasa realmente con todas estas horribles obras de arte a la venta en cafés, que cuestan un riñón?

Típico

—¿Al final qué hiciste con la cosa esa del tío ese? —pregunta Luke, repantigado en el sofá.

—Como no te expliques mejor... —digo, de espaldas al estruendo estático del fútbol, pintándome las uñas en la mesita del café (un régimen que requiere tiempo, pero que hasta el momento se ha mostrado efectivo para evitar mordérmelas).

—La hierba de la pared. El tipo de la Cofradía del Imperio Británico.

—*Orden* del Imperio Británico y, por lo visto, resulta que la buddleia al final no es una mala hierba, o en cualquier caso, no *siempre* es mala —digo, esperando dejar zanjado el tema, pero no.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con eso?

—¿Mmh?

—Ya me has oído.

—No —Sí que le he oído.

—¿Qué vamos a hacer con el tema de la buddleia?

—No estoy segura —digo.

—¿Ignorar el problema y esperar a que se pase?

Meto el pincel en el frasquito para poder mirarlo sin estorbos.

—Muchas gracias por el voto de confianza. He estado estudiándolo. No voy a arrancar algo de nuestra casa antes de saber de qué se trata.

—Vale. Entonces, ¿de qué se trata?

Vuelvo al pintaúñas, recitando lo que he aprendido:

—La buddleia procede de China y fue introducida en Gran Bretaña en el, esto..., en el siglo dieciséis, como una planta decorativa de jardín, pero desde entonces ha ido por libre debido a su semilla, que se propaga con facilidad. Crece muy bien en espacios urbanos, desordenados y descuidados,

como las vías de tren, las orillas de los canales y las edificaciones de piedra.

—¡Sigue! —dice Luke, levantándose de repente, y aunque podría seguir perfectamente, el estruendo de la muchedumbre en la tele me confirma que no me lo decía a mí. Así que soplo mi manicura para secar la capa superior de un tono que a alguien (con un sueldo, en un despacho, en una oficina cualquiera) le pareció bien llamar «Cazuela ardiente».

Trabajo

Empiezo a cumplimentar mi solicitud para el empleo de las placas azules exactamente dos horas antes de que se cierre el plazo a medianoche. Una sección del formulario me pide que nombre una figura histórica a tener en cuenta para el proyecto. Todos los buenos que se me ocurren ya tienen una placa, así que la desesperación pura —o la inspiración brillante, solo el tiempo lo dirá— me conduce al reverendo Adam Buddle, un clérigo y botánico del siglo dieciocho en cuya memoria se bautizó a mi nueva amiga la buddleia.

Leo en voz alta a Luke:

—Buddle dedicó muchos años a la redacción de *Flora inglesa*. La completó en 1708, pero nunca se publicó. ¿A que es triste?

—Pero descubrió una planta... Creo que eso es mejor.

—En realidad no la descubrió él. Fue otro, años después de la muerte de Buddle, y le puso ese nombre en su memoria. Buddle ni siquiera supo que la planta existía. De hecho, él era más de musgos —comento.

—Si un libro no publicado y una afición por la jardinería es suficiente para que te pongan una placa hoy en día, ¿por qué no a mi tío Ian, entonces?

Casi no escucho a Luke con el barullo que está armando: revolviendo el cajón de los cubiertos, sacando platos de entre otros platos, cerrando armarios a portazos.

—De entrada no me parece muy bien esto, así que, por favor, no lo empeores. No tengo tiempo para empezar de nuevo.

—Claire, llevas una eternidad hablando de este trabajo. No entiendo por qué lo has dejado para tan tarde.

—Si quieres ayudar, en lugar de ser increíblemente poco colaborador, deja de hacer ruido y responde a esto: ¿qué palabras puedo usar que peguen con patrimonio?

—Antiguo —dice Luke—. Historia, histórico, pasado... No, espera, «El pasado».

—¿Y si te vas? —sugiero.

Lo hace, con una taza llena y un plato, fruto de su ensordecedor concierto de cocina, pero unos momentos después me da una voz desde el salón: «¡Posteridad!». Y, la verdad, no está mal lanzada.

Envío la solicitud a solo tres minutos del cierre. Después, me la leo unas cuantas veces, agradablemente sorprendida de lo buena que es: he transformado un puñado de inconsistentes datos biográficos en un argumento bastante persuasivo. Estoy particularmente orgullosa de mi declaración final: «Resulta coherente que Buddle alcanzase la posteridad a través del medio que estudió en vida. No solo es un digno candidato por méritos propios para tener una placa, sino que además representa y define de un modo convincente el concepto mismo de patrimonio».

—Eso último —dice Luke— parece un poco forzado.

—Ya lo he enviado.

—Y forzar es bueno —dice, manos en las caderas y abriendo mucho las piernas en un ejercicio gimnástico.

Compañía

Antes de estar con Luke, estuve enredada en una larga no-relación, en la que mi presencia en Shepherd's Bush era requerida vía mensaje de texto bien entrada la noche. A cada ocasión,

me recorría los cincuenta minutos hasta la otra punta de la ciudad para estar con un hombre que prefería besar un porro y acariciar su guitarra.

Revisionismo

A la mañana siguiente, releo la solicitud para el trabajo de patrimonio, confiando en que me anime para un productivo día de búsqueda de empleo; pero sin la adrenalina de las once de la noche y con el efecto de tres cafés, queda muy alejado del logro sin faltas de ortografía que esperaba que fuese.

Mamá

Llamada de teléfono de mi madre; habla con voz baja y temblorosa.

—Mamá, ¿estás bien?

—¿Le dijiste a Faye que Gum... —Toma aire— se exhibió delante de ti?

—¿Qué? ¡No! Ay, Dios. Eso no es...

—Acabo de hablar con Dee —dice. Dee es su hermana, mi tía, la madre de Faye—. Me ha dicho que en el funeral, ¡en el funeral de tu abuelo!, te dedicaste a hacer Dios sabe qué tipo de comentarios sobre él. ¡Sobre mi padre!

Intento explicar que seguramente fue un accidente, que simplemente se le habría escapado al ir al baño. Repito unas cuantas veces lo de «escapado», para reforzar la sensación de espontaneidad. Le digo que había tomado demasiado vino en el velatorio y que quizá sonó peor de lo que realmente fue.

—¿En el baño? —dice, alzando la voz—. ¿Y qué hacías tú en el baño con Gum?

—Mirar sus heridas de guerra —respondo. Me viene a la cabeza una idea horrible—. No se lo habrás contado a la abuela, ¿verdad? Ni Dee... No le habrá dicho nada, espero.

—Pues claro que no.

—Bien. No hace falta que ella se entere.

—Solo el resto de la familia.

—Lo siento, mamá —digo, y empiezo a llorar—. Llamaré a Faye; llamaré a Dee y les diré que realmente no fue para tanto. Nunca me tocó, lo juro.

—No puedo hablar ahora contigo. Necesito algo de tiempo —dice, y cuelga el teléfono.

Cena

Estamos en un restaurante con mi amiga más antigua, Sarah, y su novio más nuevo, Paddy, una cita que ha costado muchas semanas organizar debido a la agenda de Luke. El novio, a quien solo he visto de pasada un par de veces, no nos mira ni a Luke ni a mí durante toda la cena, y dirige sus escasas palabras al espacio que hay entre ambos. Trabaja como «diseñador de interiores industriales», y no nos queda claro en qué consiste eso después de diez minutos de interrogatorio durante los segundos platos.

—Entonces, a ver, ¿es como el diseño de plantas industriales? —pregunto.

—No exactamente —dice.

—¿Almacenes?

—No exactamente —dice, y luego con el mismo tono monótono, admite—: Algo así, quizá, depende.

—¿Con qué... materiales trabajáis? ¿Madera?

Asiente.

—¿Metal? —pregunta Luke.

—Con esos dos, sí. Madera, metal..., cosas así —dice Paddy. Es lo más locuaz que ha estado en toda la noche.

—Así que trabajas con las manos —digo resuelta, contenta de estar llegando a algún sitio.

—No exactamente. Es más bien algo así como conceptual.

Se produce un silencio y asiento con la cabeza, como si ahora todo estuviera absolutamente claro.

—¿Qué... es lo que más te gusta de tu trabajo?

Doy un largo trago de vino. He bebido más de lo que me corresponde. Debo de llevar dos copas de ventaja a los demás.

—El horario no está mal.

—¿Y cómo... acabaste en ese sector? —Esto viene de Luke. Muy buena, pienso, y le doy un golpecito con la rodilla. Me responde con un pellizco.

—La verdad, por pura casualidad.

Sarah permanece ajena, feliz por el hecho de que por fin tengamos una cena de parejas, y se comporta de un modo más estridente incluso de lo normal. Corrige a Luke cuando acentúa mal la palabra «epítome» y se ríe más de lo que merece el error, mientras Paddy juguetea nervioso con los dedos. Sus uñas, me fijo, están peor que las mías: rojas, mínimas y con aspecto sangrante.

—Por culpa de tipos como este los que nos mordemos las uñas tenemos mala fama —digo a Luke de camino a casa.

—Si ella fuera tan lista como se cree, no estaría tan desesperada por demostrarlo todo el tiempo —dice Luke. Un argumento sólido y difícil de rebatir, pero la crítica a mi amiga me molesta. Me callo, apretando un poco el paso para que le cueste seguir mi ritmo en el paseo desde la estación de metro hasta nuestra casa.

Coche

Hay un reluciente coche aparcado en la calle, ribeteado de espuma. Casi me tropiezo con el cubo que tiene al lado, lleno a rebosar de agua oscura. Una capa de residuo jabonoso gira lentamente en la superficie. No sabía que la gente todavía lavara los coches a mano.

Cuando era niña, el parabrisas de mi padre siempre estaba salpicado de cagadas. Debíamos de vivir bajo una transitada ruta aérea, o quizá había más pájaros en aquel tiempo. Cada dos meses, cuando la capa era muy densa, papá se ponía los vaqueros de hacer chapuzas y salía con un cubo y la esponja amarilla, un objeto de aspecto primigenio que tenía más años que yo. Le suplicaba que me dejara ayudar, pero tras un rato empezaba a quejarme de las mangas empapadas y las manos frías. Una vez, mi madre se presentó en la puerta con un plato de *nuggets* de pollo recién salidos del horno y me metió uno en la boca con su mano. Justo en esa época había empezado a llamarle «mamá» en vez de «mami», y había dejado de darle la mano en la calle. El pollo quemaba, y aspiré una bocanada de aire frío, sacudiendo mis manos mojadas delante de la boca mientras luchaba por contener unas lágrimas que no entendía.

Miro a mi alrededor; no se ve a nadie y no hay ninguna puerta abierta en las casas cercanas. Levanto el cubo y vierto el agua sobre el coche, para que la espuma no se seque y deje marcas.

Disponibilidad

Unos pocos tonos y salta el autómatas petulante: «Lo sentimos. La persona a la que llama no se encuentra disponible».

«La persona» es mi madre, y tiene bloqueadas mis llamadas.

Retrospectiva

—¡Hago un comentario estúpido estando un poco borracha y ahora mi madre actúa como si hubiera dicho que el abuelo abusó de mí!

—Pero es que dijiste algo así, ¿no? —Luke unta una tostada de mantequilla, aparentemente convencido de que el salteado que estoy preparando no saciará su apetito.

—¡No! —Levanto la tapa y compruebo el arroz. Todavía le queda mucho—. Lo que dije fue que cuando me enseñaba sus heridas de guerra, solía ver más de lo previsto.

—¿No te das cuenta de que eso puede sonar un poco... desagradable?

Me paro a pensarlo.

—Entiendo que alguien lo pueda interpretar así, pero en absoluto lo dije con esa intención.

—¿Y con qué intención lo dijiste? —Da un mordisco a la tostada (la mitad de una tacada) y mete otra rebanada de pan en la tostadora.

—No lo sé. ¿Como una anécdota?

—¿Una anécdota en plan «qué risas» o «qué peculiar»? La diferencia es crucial.

—Las dos cosas. Tú conocías a Gum..., era un tipo peculiar. El discurso de mi tío en el funeral solo hablaba de sus pequeñas rarezas.

—Sus pequeñas rarezas —Luke sonrío—. Espero que no las llames así.

—¡No seas cerdo! —intento darle una patada, pero está muy lejos.

—En serio, Claire, es todo muy extraño. Si mi hermana me contara que nuestro abuelo le hizo eso, me resultaría muy raro.

—Sí, bueno, yo no tuve un hermano que me explicara las cosas, y he salido bien, ¿no? No es un oscuro secreto que haya llevado conmigo todos estos años. Solo fue algo que pasó. Vale, algo un poco raro, quizá. Pero no es que me haya marcado la vida. La moraleja de esto es que no tengo que contar nada, nunca.

—Bueno, al menos has aprendido algo —dice Luke, mientras machaco granos duros de arroz apretando los dientes.

Cuestión de principios

La leche espumosa de mi café con leche está —no me preguntéis por qué— tan compacta y sólida que la cucharilla se sostiene sobre ella sin ayuda. Ya sé que hay cosas peores en el mundo, pero eso no significa que deba sufrir en silencio y beberme, o, mejor dicho, comerme esto.

Gimnasio

Gavin, el Entrenador Personal, va de un rollo empalagoso de sábado noche, el tipo de tío que solía poblar los fines de semana de mi adolescencia. Canta al ritmo de la música con un ritmo impecable cuando las letras tienen que ver con el ejercicio (dolor, direcciones, jornadas, retos, distancias, calor, límites, etcétera), y apostaría una suma considerable a que en su tiempo libre se pone un *aftershave* fuerte y menea la barbilla al son de la música en bares oscuros de luces parpadeantes, cubata en mano. Me cae bien, me gustan su entusiasmo y el flirteo de manual que sin duda emplea con todas sus clientas femeninas. Me hace sentir nostalgia de un tiempo en el que las cosas eran más simples.

—Entonces, ¿te has cogido el día libre? —pregunta tras el calentamiento, llevándome a los espejos para hacer «trabajo de suelo». Es una pregunta razonable a las tres de la tarde de un miércoles.

—Sí —respondo, y añado, para disuadirlo de más interrogatorio—: ¿A esta hora sueles estar ocupado?

—No, las tardes de entre semana son muy tranquilas. Tenemos algunas madres que quieren perder el peso del embarazo, y algunos de los miembros más mayores. Los trabajadores jóvenes como tú suelen venir a primera hora de la mañana, antes de ir a trabajar. Vamos a hacer unas sentadillas, Claire. —Me ayuda a descender apoyándose en

mis hombros—. Mete la rabadilla... Perfecto. —Intento no estremecerme cuando me reajusta la pelvis—. Vamos a hacer diez de estas.

Gavin se apoya, de brazos cruzados, en el espejo mientras yo me acuclillo. Cuando estoy en el punto más bajo de la número seis, mete el dedo en la llaga:

—¿En qué trabajas?

En el fondo sé que es una pregunta inocente, pero justo en este momento, ante mi reflejo acuclillado en el espejo, con los muslos temblando bajo una licra vieja y translúcida, la respuesta «Bueno, estoy buscando sentido a mi vida» no es una opción.

—Me dedico a las finanzas —digo.

—Fascinante —Gavin asiente como si fuera lo que esperaba y, por absurdo que parezca, me siento halagada.

Terminamos la sesión con un *sprint* en la cinta, y Gavin se pone a gritar por encima de la música:

— ¡Quiero! ¡Que lo des! ¡Todo!

Obediente, subo el control de la velocidad, resoplando y apretando los dientes para que piense que he llegado a mi límite. Pero de ningún modo pienso darlo todo en esto. Es una absoluta locura no reservarse algo: es una cuestión de sentido común.

Contacto

Un técnico está revisando las tripas multicolores de una caja metálica verde de mi calle. De modo que ahí es donde van todos los cables. Oigo música, como la cuerda de un violín, pero, al acercarme, resulta que solo es una nota larga y triste: el tono de llamada que nos mantiene a todos conectados.

Co-op

En el supermercado Co-op local, me compro una Coca-Cola Light. En la caja, saco mi tarjeta de débito.

—¿Cómo va a pagar? —pregunta el cajero.

—Pues... ¿con esto? —digo, agitando la tarjeta.

—¿Con chip, PIN, o *contactless*?

—*Contactless*.

Coge un Kit Kat de un montón que tiene junto a la caja, lo escanea y lo pone junto a la lata.

—No quiero eso.

—Es gratis. Regalamos un Kit Kat al pagar con *contactless*.

—Señala un cartel donde pone exactamente lo mismo al pie de la letra.

—Pero no lo quiero —digo, y el muchacho tuerce el gesto, incrédulo.

—¿Cómo no va a querer una barrita de chocolate gratis?

—Porque no la quiero.

—Pero ¿por qué?

—No hay porqués. O quieres algo o no lo quieres. Así funciona el querer.

Huelo un aroma a menta: está mascando chicle. No puede dejar de sacudir la cabeza.

—Todo el mundo la ha cogido. Ya la he escaneado. ¿Por qué no se la da a su novio?

—No tengo novio —digo, para molestarle.

Voy a quedar mal la próxima vez que venga con Luke.

Karma

Lo lógico sería que después de no-sé-cuántos años hubiese aprendido a abrir bebidas gaseosas a un brazo de distancia, por si acaso.

Siento discrepar

—No estoy diciendo que no sea un buen trabajo; solo me pregunto si es realmente lo que tenías en mente cuando dejaste tu otro empleo. El objetivo de todo esto era pasar un tiempo pensando en lo que de verdad querías hacer, y me preocupa que estés invirtiendo un montón de esperanzas en un trabajo que podría no ser el correcto, solo un apaño más, y que acabes otra vez atascada y frustrada dentro de un par de meses...

Luke y yo nos disponemos a salir y me he parado en el recibidor para repasar meses de publicidad en el buzón por si se me ha pasado alguna carta de la gente de las placas azules.

—Básicamente, fue lo primero que encontraste, por casualidad, y lo solicitaste un minuto antes de que se cerrara el plazo. A mí eso no me suena a «el trabajo de mis sueños». Además, por cierto, no vas a encontrar nada ahí. ¿Quién no usa el email en estos tiempos?

—Pues mira: ¿Pizza Palace? ¿La Gran Muralla China? ¿Taxi AAA1? ¿Empleadas del hogar Ángeles Domésticos? ¿Sushi Hollywood?

Cojo los folletos uno a uno y los voy tirando al suelo.

Luke se agacha para recoger uno.

—¡Sushi! Vamos a comer sushi. Es justamente lo que me apetece.

—Y tú decías que no iba a encontrar nada —digo.

Aceptable

En nuestra calle nos cruzamos con una pareja envuelta en un morreo de esos que te hacen doblar la espalda.

—¿Sería razonable afirmar —empiezo a decir— que las parejas menos atractivas son las que demuestran más interés en hacer ostentación de su vida sexual?

—Bueno —dice Luke—, no creo que esté bien hacer ese tipo de comentarios.

—Pero es cierto. Si no puedo hablar de esto contigo, ¿con quién voy a hacerlo?

—¿Con tu madre? —sugiere Luke.

Mi madre, si contestara al teléfono, seguramente estaría de acuerdo conmigo. Lo cual significa que Luke tiene razón: probablemente no debería hacer ese tipo de comentarios.